

Rainy Day Women

Z

El Efenbar cierra una vez al mes. El segundo martes. Ni te cases ni te embarques. Pero nosotros sí que nos embarcamos y no nos casamos porque Brönte no quiere. A puerta cerrada, en una mesa redonda, tras las echadas cortinas coincidimos ese día de descanso mis amigos Grumpf, Sartas, Tubo, Steady y el que suscribe. Nos reunimos a comer y como Steady dice: "Para un día que nos juntamos a comer los hombres, comamos bien, cojones". De manera que ha conseguido apalabrar a G para que al menos en ese día nos prepare un improvisado catering. Sacamos un par o tres botellas del mejor vino y nos prestamos a degustar las delicias culinarias de mi amiga. Así nos pasaríamos los hombres toda la tarde hablando de fútbol, como debe ser, si no fuera por quien nos trae la comida. Efectivamente, es Brönte la que cada segundo martes de mes aparece con ella (la casa de G le coge de paso) y se queda a comer con nosotros. Y cómo aparece. Vestida para matar. Arregladita para salir. "¡Vaya con la camarerita!" dice alguien (tal vez haya sido yo... la tercera copa y ya empiezo a confundir mi voz con la de otro). Es el momento de decir que los cinco, sin excepción ninguna, estamos enamorados de ella. Como lo oyen, ese grupo de suficiente mayoría machista, ajustado porcentaje misógino y brillante unanimidad hipocondríaca está, todos a una, como un solo hombre, prendado de los encantos de Brönte. ¿Qué digo encantos? Brönte no tiene encantos, quiero aclararlo. No está mal, así, pintadita y puesta, pero no es ninguna belleza. Noventa-sesenta-noventa podría ser como máximo el número de su móvil. Pero, como dice Tubo... "¿Quién quiere una belleza?" O como aconseja Sartas: "Mira a la mujer. Olvida las características". Es aproximadamente lo mismo que pretendía resumir Grumpf con su acostumbrada palabra "serselafán", tan repetida por un tiempo y que, al contrario de mi inicial idea, no era el nombre de algún pariente suyo azerbaiyano, sino, según descubrí tras mucho esfuerzo y análisis, la contracción coloquial del "cherchez la femme" tan parisino y éso. El mismo Steady me ha reconocido bastantes veces, cuando al acabar la jornada Brönte se marcha: "Eso es una mujer y no lo que tú me traes". Y es que al final, las cosas como sean, uno se acaba enamorando de lo que admira; y todos admiramos en Brönte su fortaleza e independencia, su sabia

ironía y su inesperada ternura. Y por encima de todo, éso que la hace tan distinta no ya de nosotros (condenados y humildes zánganos de colmena) sino también de las otras, por muy de abejas reinas que vayan. Ese dar a entender, sin mostrarlo, que lleva dentro mucho más que ninguna, que entrar en su alma sería forzar la habitación del tesoro, que conocer su mente, compartirla, sería tenderse al lado del arroyo de la sabiduría. Y ese llevarlo dentro, tan callado y a la vez tan directo algunas veces. Esa manera de ser, esa autosuficiencia que sin embargo no se impone, pero que las hace y sobre todo la hace tan distinta a nosotros, los homínidos clase B, los que cedimos la costilla para que Dios pudiera demostrarse a sí mismo que existe, creando una maravilla a partir del triste hueso innecesario de un animal prescindible. Lo dicho: Queremos a **Z**-Brönte, y allí estamos bebiendo vino y comiendo magníficamente con ella en el lugar principal de la mesa. Y cuanto más bebamos más la querremos, que eso tiene el buen vino y que eso tiene ella, que cuanto más la pruebas más te gusta.

Z sonríe y a veces se carcajea incluso. Todos sabemos que eso durará por esta tarde, que mañana ella volverá a ser la simpáticamente arisca camarera de siempre, el alma de un Efenbar en donde Steady es el cuerpo y nosotros, los cuatro, simples y adormecidas extremidades. Pero, tal y como afirma la señorita Scarlett, mañana será otro día. De momento vivimos el hoy y elevamos a los altares a **Z**, cual el reputado comité de inexpertos que somos. Inexpertos en todo, pero básicamente en mujeres, aunque guiados y salvados por una afición y una adicción modélica. "No sé definir lo que es una mujer de verdad. Pero siempre noto donde hay una" dice Tubo señalando a Brönte y levantando la copa en su honor. Todos le secundamos y me parece ver (será el licor) que incluso ella se ruboriza un poco. No tiene por qué, a no ser que lo que le dé vergüenza ajena sea este, ya a semejantes alturas, coro de borrachos que la diviniza. Tampoco creo. Ella también nos tiene aprecio y sabe que, a nuestra humilde manera de perdedores húmedos y oscuros, tenemos talento para apreciar la clase cuando se da y la detectamos por mucho que se esconda tras un delantal manchado de aceite. Vamos, que puede que no nos manejemos bien con el brillo, el sol y la luz de la calle, el lujo, el glamour, las señoras de a millón el anillo y la madre que parió a las mismísimas top models, pero desde luego nadie va a enseñarnos nada que no sepamos sobre las mujeres de días lluviosos.